

**I. ORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL Y
DERECHOS FUNDAMENTALES**

EL ORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL

Carlos BERZOSA
Universidad Complutense. Madrid (España).

RESUMEN

El inicio del nuevo siglo viene caracterizado en el orden económico por la desigualdad y la creciente globalización. Se han producido, en los últimos tiempos, muchos cambios, pero también permanecen viejas estructuras. La gran cantidad de privaciones existentes es uno de los rasgos más distintivos de la economía mundial actual, sobre todo en relación con el nivel de riqueza logrado, la renta que se genera y el progreso tecnológico conseguido. Analizar estas privaciones, plantear las causas de por qué se producen y examinar las tendencias de la economía mundial son el objetivo central de este trabajo. El proceso de globalización neoliberal que estamos viviendo desde los años ochenta no ayuda a resolver esos viejos problemas, sino que agrava, por el contrario, la desigualdad internacional, las diferencias que se dan entre los hombres y mujeres en cuanto oportunidades y derechos, e intensifica la desigualdad dentro de los Estados-nación, incluidos la mayor parte de los países desarrollados.

SUMMARY

The economic order at the beginning of the new century is characterized by inequality and growing globalization. Many changes have occurred over recent years, although some old structures remain. One of the most distinctive features of the present-day world economy is the great amount of deprivation which exists, above all in terms of the level of wealth gained, the income generated and the technological progress achieved. The main aim of this work is to analyze these privations, to set out their causes and to examine global economic tendencies. The process of neo-liberal globalization that we have been living through since the eighties has not helped us resolve the old problems, but rather has aggravated international inequality, the differences in opportunities and rights between men and women and intensified inequality within nation-states, including most developed countries.

1. INTRODUCCIÓN

En el inicio del nuevo siglo, el orden económico internacional se caracteriza por dos rasgos fundamentales: la desigualdad y la creciente globalización. Este orden es heredero en parte del que se instauró al finalizar la segunda guerra mundial. Por un lado, es así pues sobreviven aún determinadas estructuras que nacieron entonces, pero, por otro lado, han cambiado muchas cosas.

El cambio más significativo ha sido, sin lugar a dudas, la caída del muro de Berlín, que significó el fracaso del intento de construir una alternativa al capitalismo y como consecuencia, además, han desaparecido las tensiones entre el Oeste y

el Este. El fin de la bipolaridad entre dos sistemas antagónicos ha dado un mayor protagonismo a la multipolaridad, aunque ésta no sea nueva ni mucho menos, pero sí que ha adquirido un mayor relieve.

En la vertiente económica y a raíz de la crisis de los setenta se asiste al final del modelo de regulación keynesiano, que es sustituido progresivamente por un modelo económico neoliberal, a la vez que se aceleran las tendencias globalizadoras. El cambio en este sentido es muy significativo, pues aunque en la mayor parte de los países ricos la presencia del Estado en la economía siga siendo ciertamente relevante, se han llevado a cabo, sobre todo desde los años ochenta, procesos de desregulación de los mercados, privatización de empresas y servicios públicos, y recortes en el Estado del bienestar. La política monetaria ha adquirido la primacía en detrimento de la política fiscal.

Por lo que concierne a las economías en desarrollo, lo más relevante que conviene subrayar es la aparición en el escenario de los Nuevos Países Industriales (NPI) que a partir de los años sesenta han irrumpido con fuerza en los mercados internacionales en la producción de manufacturas. Se rompe así la tradicional división del trabajo, entre los países desarrollados exportadores de mercancías industriales y los países subdesarrollados exportadores de productos primarios. La industrialización se extiende a lo largo del mundo, pero con desiguales resultados. No todos los países atrasados consiguen convertirse en exportadores de productos industriales. Los que mayor éxito han alcanzado son algunos países asiáticos, Corea del Sur, Taiwan, Singapur y Hong Kong que muestran un gran dinamismo en el mercado mundial y que posteriormente son seguidos por una segunda generación de países.

Sin embargo, ante estos cambios otras relaciones permanecen, como la hegemonía de Estados Unidos, que si bien no es tan poderosa en términos económicos como lo fue en los años inmediatos de la posguerra, sigue aún conservándola, pues no en vano es el país más rico del mundo y el que mayor influencia tiene en los organismos internacionales, tales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial (BM), y la actual Organización Mundial del Comercio sustituta del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT).

Estas instituciones, como el FMI y BM, creadas al filo del fin de la segunda guerra mundial siguen perviviendo, aunque sus actuaciones también se hayan visto modificadas para adaptarse a los cambios que se han venido dando en la economía mundial. Una de las características de toda la Organización Económica Internacional que se configuró en este período es que sus primeros objetivos se centraron básicamente en los países desarrollados, y no se contemplaron planes de intervención hacia los países menos desarrollados, quedando marginado la consecución del desarrollo económico. La insuficiencia en el desarrollo económico afectaba, ya en los años cuarenta, a gran parte de países de la economía mundial, pero su número fue aumentando a medida que avanzaba la descolonización.

Para atender la demanda de los países subdesarrollados es por lo que surgió en 1964 la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD). Sus realizaciones no supusieron avances significativos en la lucha

contra el subdesarrollo en sus primeros años de funcionamiento que es cuando más fuerza tuvo, consecuencia del avance del tercermundismo (Sampedro y Berzosa, 1996). Esta Conferencia fue perdiendo capacidad de decisión a partir de los años ochenta con lo que no existen verdaderas instituciones internacionales que combatan con cierto grado de eficacia la situación de subdesarrollo, hambre, pobreza y miseria en la que se encuentra sumida gran parte de la población mundial.

Así que desde que se estableció el orden internacional de posguerra se han producido cambios de gran envergadura, aunque, sin embargo, perviven las instituciones internacionales que tienen un mayor protagonismo dentro de las relaciones económicas de alcance mundial, como es el caso del FMI y BM, y lo que resulta más evidente que es su orientación, que aunque se haya modificado, responde, por lo general, a la ortodoxia económica del momento la cual es diseñada por los países avanzados.

Lo más preocupante de todo es que pervive, lo más viejo de todo, el subdesarrollo. Así como la gran distancia que separa a los países ricos y los pobres, cuyo foso se agranda con el paso de los años. Nuevas circunstancias que coexisten con antiguos problemas, a pesar de los logros que se han conseguido en el campo científico, el avance tecnológico logrado y la capacidad que ha demostrado el sistema económico capitalista para crear riqueza y renta. Pero también, el capitalismo, ha mostrado su capacidad para destruir el medio ambiente y ser capaz de compaginar los progresos materiales con la existencia de grandes privaciones.

2. LAS PRIVACIONES EN LA ECONOMÍA MUNDIAL

Entre las grandes privaciones, que afectan a la humanidad, destaca el de la pobreza, que es uno de los grandes males de nuestro tiempo, aunque se hayan logrado leves progresos en los últimos años. El *Informe sobre desarrollo humano 2000* publicado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) señala que el mundo avanzó mucho en la reducción de la pobreza en el decenio de 1990. El porcentaje de personas nacidas hoy en los países en desarrollo que se estima que no sobrevivirán hasta los 40 años se redujo del 20% al 14% entre 1990 y 1998. La proporción de personas sin acceso al agua potable descendió del 32% al 28%. El analfabetismo de adultos descendió del 35% al 28%. La tasa de pobreza de ingreso, incluso aplicando el criterio de 1 dólar diario (PPA de 1993 de dólares EE.UU.), disminuyó del 29% al 24%. La pobreza de ingreso se ha reducido en todas las regiones en desarrollo, aunque la reducción ha oscilado entre 11 puntos porcentuales en Asia oriental y sólo 0.3 puntos porcentuales en el África subsahariana.

No obstante, como indica el propio informe, persiste la pobreza de ingreso generalizada. Según la norma de 1 dólar diario, 1.200 millones de personas en los países en desarrollo son pobres de ingreso, cerca de la mitad de ellos en el Asia meridional. Además, la pobreza ya no es un fenómeno exclusivo del Sur. Se ha convertido también en un fenómeno del Norte. Aún dentro de los países, la incidencia de la pobreza de ingreso varía de una región a otra.

El Banco Mundial, por su parte, en el *Informe sobre el Desarrollo Mundial 2000/2001* dice: "Nuestro mundo se caracteriza por una gran pobreza en medio de la abundancia. De un total de 6.000 millones de habitantes, 2.800 -casi la mitad- viven con menos de dos dólares diarios y 1.200 millones -una quinta parte- con menos de un dólar al día; el 44% de este grupo de encuentra en Asia meridional. En los países ricos, los niños que no llegan a cumplir cinco años son menos de uno de cada cien, mientras que en los países más pobres una quinta parte de esos niños no llega a alcanzar esa edad. Asimismo, mientras que en los países ricos menos del 5% de todos los niños menores de cinco años sufre malnutrición, en las naciones pobres la proporción es de hasta el 50%".

Por si fuera poco, el *Informe sobre Desarrollo Humano*, pone de relieve que las desigualdades de ingreso están aumentando, tanto entre las naciones como dentro de ellas. Estos datos son corroborados por Sutcliffe (2001) quien en un excelente trabajo en el que reconoce que los economistas no han tenido éxito, hasta el presente, para producir una medida que permita conocer los cambios que se están dando en la desigualdad en el mundo, llega a la conclusión de que la desigualdad existe en el mundo y de su tendencia a aumentar. Por lo que concierne a la distribución interna de la renta, Faux y Mishel (2001) dicen que partiendo de lo que se sabe, parece que la distribución de las rentas en las naciones más desarrolladas y en la mayoría de los países de Latinoamérica mejoró durante los años sesenta y setenta. Después de 1980, las pruebas indican que la distribución de las rentas en la economía mundial, en general, ha empeorado. Se basan para ello en lo que consideran el intento más exhaustivo y logrado de medir esta tendencia, el estudio de Ravallion y Chen (1997).

Se llega a la conclusión de que, en los años ochenta, la desigualdad de rentas aumentó en la mayoría de los países avanzados, sobre todo en Estados Unidos, Gran Bretaña, Australia, Suecia, Japón y Holanda. Italia en la que la desigualdad se redujo, al menos hasta el año 1991. No obstante, debido a la sólida red de protección social no ha habido un incremento significativo de la pobreza, en la mayoría de los países avanzados, que corresponda al crecimiento de la desigualdad de rentas procedentes del mercado. Las excepciones son Estados Unidos y Gran Bretaña, donde la pobreza creció, respectivamente, 2.4 y 5.4 puntos de porcentaje entre 1979 y 1991.

La falta de desarrollo, la carencia de los bienes básicos para tener una vida digna, el recorte de los derechos de ciudadanía en los países ricos y la desigualdad mundial, son todos ellos elementos que, o bien limitan los derechos humanos allí donde existen libertades democráticas, o bien privan de ellos a una gran parte de la humanidad. El PNUD considera que los derechos humanos y el desarrollo humano tienen una visión común y un propósito común: velar por la libertad, el bienestar y la dignidad de todos en todas partes. A la vista de los datos lo que salta a la vista es que gran parte de la humanidad se encuentra lejos de lograr este propósito común, por lo que carecen de los derechos humanos, bien por falta de desarrollo humano, bien por falta de libertades, o las dos cosas juntas. Aunque el PNUD considera, de una manera un tanto optimista, que uno de los logros más notables

del siglo XX es el progreso en cuanto a los derechos humanos, y si bien esto puede ser cierto para algunos, este progreso ha sido demasiado lento si lo comparamos con la mejora económica obtenida, pues demasiada gente sigue padeciendo excesivas penalidades y carencias elementales. Una de las razones de todo ello es la existencia de la desigualdad entre países, en el interior de éstos y entre hombres y mujeres, de forma que el desarrollo actual reparte muy injustamente los beneficios que del progreso científico, técnico y material se pueden derivar. Desigualdad en las oportunidades, en la producción, en el consumo y en el disfrute de las libertades es el rasgo dominante que caracteriza a este orden internacional con el que se inicia el siglo XXI.

3. LAS TENDENCIAS DE LA ECONOMÍA MUNDIAL

La desigualdad económica es, por tanto, el rasgo más característico del mundo en que vivimos. Todos los países del mundo padecen dentro de sus fronteras la desigualdad, aunque unos más que otros, pero en todos tiene lugar, lo que pone en evidencia que, a pesar de los avances conseguidos por la ciencia y la tecnología y el crecimiento económico alcanzado, no se han dado pasos que resulten realmente significativos en la consecución de una economía más equitativa.

La desigualdad dentro de cada Estado-nación, sin embargo, queda realmente empuñada si la comparamos con la que tiene lugar a escala internacional. La desigualdad entre naciones resulta efectivamente escandalosa como se puede apreciar por los datos que año tras año, desde 1990, proporciona el *Informe de Desarrollo Humano*, y de los estudios que ya hemos referido aquí. Así, mientras la riqueza per cápita se encuentra en un máximo histórico, la desigualdad global también ha aumentado en una proporción que nunca con anterioridad había sido conocida. Se produce una disparidad creciente entre los países ricos y los pobres y el foso se agranda con el paso del tiempo en lugar de disminuir.

La abundancia contrasta con unos niveles de pobreza que resultan insostenibles. Se estima que 1.200 millones de personas padecen pobreza absoluta y se calcula que el número de hambrientos ronda los 800 millones. Las personas más afectadas se encuentran en el África subsahariana, en el sur de Asia y en las economías en transición hacia la economía de mercado (el número de pobres ha pasado en Rusia de 14 a 120 millones y la esperanza de vida actual de los hombres es de 58 años, habiendo descendido cinco años).

Esta creciente desigualdad mundial también se está dando en el interior de los países desarrollados, aunque en una escala menor. Según el *Informe* del PNUD de 1997 en estos países la desigualdad de ingresos ha alcanzado cotas que no se habían registrado desde el siglo pasado y los índices de desempleo no se habían conocido desde la depresión de los treinta. Los trabajadores de los países industrializados están experimentando una pobreza creciente. Han aumentado los trabajos de sueldos poco elevados. Los empleos para las personas no cualificadas ofrecen salarios reales cada vez menores. Se recortan los salarios reales al tiempo que aumen-

tan los trabajos a tiempo parcial, los empleos temporales, inseguros y poco retribuidos.

Esta situación contrasta con la euforia económica que se deja traslucir en las declaraciones de los políticos de los países desarrollados y de los economistas que defienden la progresiva liberalización de las transacciones económicas internacionales, la competitividad como el único criterio económico a tener en cuenta, la desregulación del mercado laboral y la creciente privatización del sector público empresarial. La progresiva desregulación y la aceleración tecnológica, sobre todo en el campo de las comunicaciones y la informática, han reforzado la tendencia hacia un mercado mundial integrado. La globalización de la producción, el comercio, la inversión y las finanzas ha dado lugar a una desigual distribución de los beneficios y al aumento de la vulnerabilidad de los más débiles. No hay, por tanto, tantas razones para la euforia, aunque así lo considere lo que constituye el pensamiento hegemónico actualmente dominante. Pero este pensamiento lo que realmente refleja es un apoyo a la empresa privada y el mercado, fruto de la recuperación por parte de la burguesía de una confianza en sí misma como no se producía desde hace tiempo, es posible que desde el siglo pasado.

La mundialización ha supuesto, además, la creciente subordinación de la economía real a las finanzas, lo que favorece la desigualdad, a la vez que todo ello origina como consecuencia de la volatilidad del capital una gran vulnerabilidad e incertidumbre en la economía mundial, como ha quedado de manifiesto en la última crisis financiera y de las bolsas mundiales. Los organismos supranacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial se convierten en los principales defensores del actual modelo de mundialización y propugnan su intensificación y profundización.

Con sus posiciones y con su capacidad de decisión sobre las políticas económicas a realizar en muchos países, estos organismos promueven un sistema mundial basado en la polarización y un crecimiento económico sin equidad. Por otra parte han quedado caducos ante los retos que tiene planteados la economía mundial, pues el Fondo Monetario no desempeña ningún papel como regulador de un sistema monetario internacional tan inestable, y el Banco Mundial con esas ideas tan defensoras del libre mercado poco puede hacer a favor de los países subdesarrollados, que se encuentran en una situación de subordinación en el orden internacional vigente. Si alguna lección podemos extraer de la experiencia y de la historia es que, contrariamente a la creencia convencional, las fuerzas de mercado por sí solas no conseguirán superar la desigualdad y las condiciones de pobreza y miseria en las que se encuentran millones de personas de la población mundial.

4. LAS CAUSAS DE LA DESIGUALDAD

Frente a tanta privación, los países ricos de América del Norte, Japón, Europa occidental y nórdica, ofrecen al mundo una opulencia de mercancías y concentran hoy día lo esencial de los medios financieros, científicos y de alta tecnología.

Mientras que el proyecto socialista ha fracasado, el capitalismo en los países avanzados ha logrado éxitos indudables en el progreso material y como sistema productivo. Marx y Engels, en el *Manifiesto Comunista*, ya señalaron la capacidad productiva e innovadora del capitalismo, pero lo que seguramente no imaginaron fue lo poderosa y duradera que iba a ser esa dinámica. Lejos de que las contradicciones acabaran con el sistema, éste ha demostrado un enorme vigor capaz de superar todas las dificultades que se ha encontrado a su paso, habiendo sido capaz, además, de encontrar nuevas fuentes de renovación e impulso en el crecimiento.

El capitalismo ha mantenido lo esencial de la estructura que lo caracteriza desde sus orígenes, esto es, el control privado de los medios de producción y la existencia del trabajo asalariado, pero ha tenido la capacidad de renovarse y transformarse. El capitalismo persigue por encima de todo el beneficio privado, siendo esto el corazón que hace funcionar a todo el conjunto del sistema. En su desarrollo, aunque ha estado salpicado de contradicciones, crisis y conflictos, ha logrado mejorar el nivel de vida de la mayoría de la población. Esto se concreta, a lo largo de la historia, en el caso de los asalariados de los países avanzados y que tienen trabajo, en un aumento del salario real que ha permitido a considerables capas de la población acceder a bienes de consumo, tales como coches y electrodomésticos, a mejores viviendas en alquiler o en propiedad, vacaciones retribuidas, acceso a la salud y educación. Todo esto ha venido acompañado de mejores condiciones laborales y reducción de la jornada de trabajo retribuido. Este avance en el bienestar material ha sido sobre todo muy sensible después de la segunda guerra mundial, época que se caracterizó hasta 1973 por tasas de crecimiento que nunca se habían dado anteriormente en la historia, pleno empleo, expansión del crédito al consumo y desarrollo y consolidación del Estado del bienestar.

Los progresos que se han dado en el orden material han estado acompañados de males sociales, que no se han conseguido eliminar. En los países del Norte desarrollado también hay un Sur subdesarrollado, la marginación y la pobreza no han sido eliminadas, tal como se expuso en las cifras anteriormente mencionadas, aunque se trata de una pobreza relativa y no absoluta que es la que asola al Tercer Mundo. En las últimas décadas las condiciones de vida han empeorado para un estrato social del mundo desarrollado. La razón hay que buscarla en que desde 1973 la economía de los países desarrollados entró en crisis. Se frenó el fuerte crecimiento que se había vivido hasta entonces y, a partir de ese año, se sufren tres recesiones (1974-75; 1979-83; 1990-1993); el desempleo se convierte en estructural en las economías desarrolladas; se cuestiona la viabilidad del Estado del bienestar y aumenta la precariedad en el empleo. Los asalariados, a pesar de los logros conseguidos dentro del sistema capitalista, no se encuentran a salvo del desempleo, con todo lo que ello implica de inseguridad e incertidumbre, al tiempo que disminuye la posibilidad de encontrar un trabajo seguro y estable. Las mujeres se encuentran en peores condiciones laborales que los hombres, con trabajos peor retribuidos por lo general, y sufriendo en mucha mayor medida el paro, cuando no se encuentran relegadas al trabajo doméstico que no es reconocido ni económicamente ni socialmente.

No resulta sencillo dar cuenta de un modo satisfactorio de las razones que provocan la desigualdad, pero se puede afirmar que tiene su origen básicamente, aunque no sólo, en la propiedad que sigue siendo la fuente primaria de obtención de la riqueza y la renta, y que condiciona la relación con el trabajo, el acceso a la vivienda, la educación y las oportunidades. Hay otras fuentes de desigualdad, como las que se derivan del género, de las diferencias salariales, y las que se dan entre los trabajadores con empleo y los desempleados, los que tienen un trabajo estable y los que lo tienen temporal o precario, los que trabajan a tiempo completo y los que sólo lo consiguen a tiempo parcial. La existencia de la desigualdad se ha intentado corregir con la aplicación de políticas fiscales redistributivas y el Estado del bienestar.

Estos mecanismos correctores de los fallos del mercado, conjuntamente con las acciones de los sindicatos, han paliado en parte la enorme desigualdad que el capitalismo tiende necesariamente a producir, pues si algo caracteriza a este sistema económico es la tendencia a la centralización y concentración que hoy en día alcanza cotas excesivamente elevadas con la presencia cada vez más relevante de las empresas multinacionales en la esfera de la economía internacional. La concentración de la riqueza alcanza niveles realmente elevados y que resultaban realmente inimaginables en un tiempo incluso cercano. Los más ricos del mundo son aquellas personas que controlan la propiedad de estas grandes empresas, que actúan en las esferas productivas, comerciales, financieras, y de servicios. La concentración de poder económico lejos de disminuir tiende a crecer así como la polarización y la dualización de la sociedad.

Estos hechos no son en muchas ocasiones visibles, porque lo que sucede es que con el crecimiento que el capitalismo ha logrado se ha avanzado en la erradicación de la pobreza conjuntamente con la puesta en marcha de políticas sociales. Las políticas de redistribución efectuadas fundamentalmente en épocas de bonanza han conseguido avanzar en un sentido más igualitario, aunque siempre hay un límite a este proceso. En definitiva, lo que tiene lugar es la existencia de un mercado que por lo general genera desigualdad y un Estado del bienestar que pretende limitarla. Entre estas dos esferas tienen lugar contradicciones.

A partir de los años ochenta y fruto de esta contradicción se va a cuestionar este tipo de políticas intervencionistas, entre otras razones por las dificultades ya expuestas que padece el sistema desde 1973. Un menor crecimiento favorece los recortes sociales, que pueden venir acompañados de mayores índices de desigualdad en los países desarrollados. Aquí también se producen diferencias notables. Es precisamente en Estados Unidos y en el Reino Unido en donde las desigualdades se han hecho sentir con mayor intensidad, como consecuencia de haber llevado a la práctica medidas encaminadas a fomentar más el capitalismo liberal y combatir el capitalismo de economía mixta, propio del periodo de la segunda posguerra.

En suma, la desigualdad es consustancial con la esencia y el propio funcionamiento del sistema, si bien se pueden atenuar las desigualdades con intervenciones públicas que corrijan en parte las tendencias inherentes a la estructura de la economía capitalista. Las mejoras salariales en términos reales han sido fruto de la lucha

sindical, aunque también han venido dadas por la necesidad que surge de aumentar la demanda que proporcione salida a la ingente producción de mercancías. Esta necesidad fue muy bien vista por Ford, lo que originó un nuevo método de producción y consumo, que ha sido bautizado por muchos autores como fordismo y que caracteriza el régimen de acumulación de posguerra (Coriat). En todo caso, lo que la experiencia histórica nos enseña es que el sistema dejado al funcionamiento de las propias fuerzas del mercado genera una gran desigualdad. Estas tendencias han sido corregidas con incrementos en el salario real, y políticas públicas favorables a la redistribución. Cuando se ha eliminado, aunque sea parcialmente, la intervención pública y se han recortado los salarios y los derechos de los trabajadores, la desigualdad ha vuelto a crecer, como ponen de manifiesto los casos de Estados Unidos y el Reino Unido, cuyas experiencias neoliberales contrastan con otros países europeos en donde bien que mal el Estado del bienestar resiste.

La fase actual de mundialización responde, por un lado, a la necesidad del capitalismo de autoexpandirse continuamente y, por otro lado, a la búsqueda de mecanismos de salida a la crisis iniciada en 1973. Estas salidas requieren entre otras cosas para el capital la disminución de los costes laborales, lo que afecta a los salarios y las prestaciones sociales. De ahí, el ataque tan fuerte que se está haciendo de un tiempo a esta parte contra el Estado del bienestar, los impuestos progresivos y la regulación del mercado laboral. Las limitaciones a la demanda que todo esto supone y que limita el mercado a un sistema que necesita constantemente producir, se trata de contrarrestar compitiendo en el mercado global y con la concentración empresarial, cuya finalidad principal consiste en ganar cuota de mercado frente a otros competidores.

La mundialización se intensifica y se apoya en las políticas económicas al uso, más liberalizadoras que las keynesianas, mientras que, por otra parte, se añade que como consecuencia de la creciente globalización y en aras de la competencia hay que desregular los mercados y disminuir los elevados costes del Estado asistencial. La mundialización, y sobre todo la globalización financiera, se impone cada vez más sobre las decisiones del Estado-nación y se convierte en un peligro, evitable por otra parte, para las mejoras de bienestar material alcanzadas por las clases asalariadas a través del tiempo. Se trata de competir a la baja, tanto de salarios como de descenso de impuestos, que en definitiva repercute antes o después en recortes de las políticas sociales.

5. LA DESIGUALDAD MUNDIAL

Las privaciones que pueden sufrir los pobres de los países desarrollados, aunque sean duras, sobre todo cuando se convive en una sociedad con la opulencia, son menores si se las compara con las que padecen los pobres de los países subdesarrollados. Otro tanto ocurre con la desigualdad. La que tiene lugar dentro de los países industrializados empalidece si la comparamos con la que se da entre naciones, y no digamos si se compara la distancia entre los ricos del mundo con los más pobres. La gran desigualdad se produce a escala mundial.

Hay un rasgo del capitalismo que resulta fundamental: su desenvolvimiento a escala global. Para muchos analistas e intelectuales del mundo desarrollado el capitalismo se reduce al que existe en las áreas ricas y no en las más pobres. Se considera que el subdesarrollo es un vestigio de sociedades atrasadas que no han alcanzado el grado de modernidad inherente al capitalismo. Lo que les falta a estas sociedades para desarrollarse es capitalismo y mercado, debido a que son economías en donde estas relaciones económicas no se han acabado de instalar o lo han hecho de un modo insuficiente. Sin embargo, las cosas no resultan tan sencillas.

El comercio mundial y el mercado mundial, como ya señaló Marx en *El Capital*, datan del siglo XVI, y es desde entonces cuando comienza la historia moderna del capital. A partir de esta época, comienza la conquista del Norte y el Sur de América, acompañada de genocidio, despojo de las riquezas de minerales preciosos e implantación de unas estructuras agrarias por lo que concierne al sur de América, basadas en el latifundio y relaciones feudales. Se comenzó también la conquista de África y la mayor parte de Asia, que implicaron la subordinación de estas áreas a los intereses de los dominadores. Desde entonces la dominación colonial ha sido un aspecto muy importante de la historia mundial.

La expansión imperialista de finales del siglo XIX y comienzos del XX marca también una era caracterizada por la exportación de capitales acompañada de una gran expansión del comercio internacional y el liderazgo de Gran Bretaña. La búsqueda de territorios, mercados, materias primas y mano de obra barata configuran los rasgos de una época que asimismo se distingue por la rivalidad que se da entre las principales potencias imperialistas del momento. El capitalismo ha tenido siempre una vocación internacional que se ha debido a la necesidad de expandirse, lo que ha ido configurado en el proceso histórico relaciones de desigualdad y dominación que explican en gran parte los orígenes del subdesarrollo. El subdesarrollo no es una mera etapa en el camino hacia el desarrollo y un atraso en relación con los más avanzados, sino que es un producto derivado de la expansión y el crecimiento del capitalismo industrial y de los orígenes de éste. El capitalismo penetra en el mundo subdesarrollado pero desde fuera, eliminando toda posibilidad de lograr un desarrollo autocentrado y endógeno en estas sociedades, pues destruye las relaciones económicas que estaban allí establecidas e impone unas estructuras favorables a los intereses de las potencias dominantes, distorsionando las estructuras internas y generando enclaves capitalistas que funcionan más hacia afuera que hacia dentro.

La independencia política de las antiguas colonias o semicolonias no trajo consigo la independencia económica. Los países subdesarrollados se encontraron no sólo con un nivel económico inferior, sino con unas condiciones de subordinación en los organismos económicos supranacionales y sufriendo unos mecanismos de dependencia financiera, comercial y tecnológica. El foso entre el Norte y el Sur, que en muchos casos se agranda con el paso del tiempo, es fruto de las condiciones de dependencia que el Sur tiene en relación con el Norte.

A fines de los años sesenta y durante la década de los setenta se planteó desde diferentes instancias un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) con el fin

de corregir, aunque sólo fuera parcialmente, las relaciones asimétricas y de desigualdad que sufrían los países subdesarrollados en el orden internacional que se estructuró al finalizar la segunda guerra mundial. Propuestas reformistas que, sin embargo, no se concretaron en realizaciones materiales, lo que puso de manifiesto una vez más la dificultad del sistema para transformar las relaciones económicas internacionales a favor del Sur. El Norte al no sentirse suficientemente presionado por el Sur no cedió ni siquiera una parte reducida de sus prerrogativas en un orden que le beneficia claramente.

Es más, en la década de los ochenta se hizo lo contrario de lo que las propuestas favorables al cambio del orden internacional de posguerra propugnaban, pues se aplicaron políticas de ajuste en los países subdesarrollados dictadas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. De modo que, en lugar de que el Norte se adaptara más a los intereses del Sur que es lo que el NOEI pretendía, el Sur tuvo que someterse a las condiciones económicas impuestas por el Norte. Los resultados fueron catastróficos para la mayor parte de los países subdesarrollados, debido a que se produjeron retrocesos económicos y hubo que pagar por todo ello un elevado coste social del cual muchos no se han repuesto aún. El foso entre los ricos y los pobres ha tendido a crecer.

El subdesarrollo, la miseria, la pobreza y el hambre es la gran tragedia de nuestro tiempo y ante ello no se aportan soluciones viables, ni desde los gobiernos de los países avanzados ni desde las organizaciones supranacionales. La pregunta que cabe hacerse es si realmente hay solución dentro del sistema capitalista mundial y en el contexto de los procesos de mundialización actuales, o bien el capitalismo genera polarización necesariamente. Mi idea principal es que el sistema se encuentra caduco y sin capacidad para resolver este problema. El hecho de que en estos momentos no haya alternativas creíbles al capitalismo no invalida la formulación de que dentro del sistema y tal como funcionan las cosas actualmente no hay solución. Cabría preguntarse si reformas dentro del sistema, aunque fuera sólo parcialmente, podrían atenuar las desigualdades existentes y las consecuencias que de ello se derivan, como la pobreza y el hambre. En principio no ha habido ningún signo de que las cosas puedan evolucionar por esta vía, y las formulaciones sobre el NOEI han quedado olvidadas en el desván de los trastos viejos. Las recomendaciones que se imparten como dogma de fe desde los grandes órganos de decisión internacional para salir del subdesarrollo, se basan en el mercado sin que se cuestionen las relaciones de poder, dominación y dependencia que se dan a escala global y dentro de los propios países subdesarrollados.

El éxito obtenido, no obstante, por los nuevos países industrializados ha creado la ilusión de que dentro del sistema, siempre que se hagan bien las cosas por parte de los gobiernos, hay una vía para lograr el desarrollo económico sin que haya sido necesario, además, introducir reformas en el orden internacional. Resulta indudable que de la experiencia de estos países se pueden extraer enseñanzas para lograr un crecimiento económico, pero conviene añadir que estos modelos no pueden fácilmente extrapolarse ni extenderse a todos los países que se encuentran sumidos en el subdesarrollo. Pero a partir de los logros alcanzados por un conjunto

de países del área asiática se difunde desde los medios académicos convencionales y organismos supranacionales, la idea de que el crecimiento sólo puede seguir una senda, la del mercado y la de la industrialización orientada a la exportación, pero mientras tanto, lo que la realidad nos muestra es que las estructuras de poder impiden superar los problemas que afectan a la humanidad, y sirven para perpetuar el orden establecido.

6. CONCLUSIONES

Después de lo mencionado, considero que ya podemos tener una idea de cómo se encuentra el orden económico internacional con sus logros y con sus fracasos. Ante esto hay que tomar conciencia sobre los graves problemas que acechan a la humanidad, el subdesarrollo del Sur, el desempleo del Norte, la desigualdad de género y la degradación medioambiental, entre los más relevantes. Tomar conciencia para saber y ver con claridad por qué suceden las cosas y para actuar y luchar contra la adversidad. Esta toma de conciencia es indudable que resulta, entre la población, minoritaria, y aunque en el Sur y en el Norte se avanza en este terreno, todavía queda mucho camino por recorrer, pero para no perder la esperanza hay que ser consciente de que los cambios, en muchos casos, son lentos. Nos enfrentamos a la globalización económica y de la información y comunicaciones, y resulta enormemente complejo hacer frente a los grandes poderes mediáticos que contribuyen a desinformar y a favorecer la alienación de los ciudadanos con el fin precisamente de evitar la toma de conciencia.

La humanidad se enfrenta, a pesar de las visiones optimistas, a un gran reto, o es capaz de avanzar en la mejora del bienestar material y en la consecución de los derechos humanos o tiende a la autodestrucción. Se han logrado progresos como nunca se habían dado en la historia, pero éstos, por desgracia, vienen acompañados de grandes y excesivas privaciones que no están en consonancia con los avances en la riqueza, renta y conocimientos científicos y tecnológicos que se han conseguido,

El crecimiento ha logrado que muchas sociedades no tengan que luchar por la supervivencia, habiéndose alcanzado incluso unos niveles de vida que permiten cierta holgura. El capitalismo ha logrado una revolución sin precedentes, pero este crecimiento que ha sido en muchos aspectos creativo, al tiempo ha sido y es muy destructivo. El medio ha sustituido al fin y el valor predominante en nuestra sociedad es la adoración del becerro de oro. El lucro y el beneficio se han convertido en las guías principales de los comportamientos humanos, lo que se compagina mal con el avance de los derechos humanos y de ciudadanía. El desempleo y la pobreza se han convertido en lacras de nuestro tiempo, a la vez que se sufre una gran degradación ecológica, a la que no se pone freno, pues ello entra en contradicción con el modelo desarrollista que caracteriza al actual.

La desregulación económica llevada a cabo en la década de los ochenta favorece la globalización, fomenta las desigualdades, ataca las políticas sociales y de bienestar, coloca al mercado en primer lugar y confiere la hegemonía a las finanzas

internacionales. Lo político y social se pliegan ante lo económico y financiero. Hay que ser conscientes de que el mundo por esa vía no va por el buen camino si tomamos como objetivo el proclamado por el desarrollo humano y los derechos humanos. Lo hace, eso sí, por el que favorece a los más ricos y poderosos, y clases intermedias que participan cada vez más de los beneficios del sistema. Se enfrentan dos posiciones, el de los intereses materiales, y el de los que pretendemos contra corriente construir un mundo más humano. Existen los medios materiales y de conocimiento para poder hacerlo realidad. Son las actuales estructuras económicas, políticas y sociales y las tendencias de la globalización neoliberal quienes lo impiden.

BIBLIOGRAFÍA

- BANCO MUNDIAL (2000), *Informe sobre el desarrollo Mundial 2000/2001*, Washington.
- CORLAT, B. (1982), *El taller y el cronómetro*, Siglo XXI, Madrid.
- RAVAILLION, M. y CHEN; S. (1997), "What Can New Survey Data Tell Us About Recent Changes in Distribution and Poverty?" en *The World Bank Economic Review*, vol. ii, Núm. 2, Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo/Banco Mundial.
- FAUX, J. y MISCHÉL, L. (2001), "La desigualdad y la economía mundial" en Giddens, S. y Hutton, W., *En el límite*, Taurus, Madrid.
- PNUD (1997), *Informe sobre desarrollo Humano*, Mundi Prensa, Madrid.
- PNUD (2000), *Informe sobre Desarrollo Humano*, Mundi Prensa, Madrid.
- SAMPEDRO, J. L: y BERZOSA, C. (1996), *Conciencia del Subdesarrollo*, Taurus, Madrid.
- SUTCLIFFE; B. (2001), "¿Qué ha ocurrido con la distribución de la renta global durante el siglo XX?" en *II Reunión de Economía Mundial*, Universidad de León, León.